

Enrique Deltoro Rodrigo

Eiximenis

“Que de la comunidad
sean expulsados...”

Guía diferente de la ciudad de Valencia

Eiximenis. “Que de la comunidad sean expulsados...”

Enrique Deltoro Rodrigo

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8 Sevilla 41004

España 902.918.997

info@puntorajolibros.com

Impreso en España

ISBN: 9788416359561

Maquetación: Jesús Lorenzo Agea

Producción:

© 2015: Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi madre, a cuyo cuidado
estaba mientras escribí el libro

Prólogo

Valencia es maravillosa. Que sea un referente de turismo de sol y playa, o conocida por grandes eventos internacionales que han arruinado sus arcas públicas, impide que se conozcan muchas de las joyas de su historia, y de su patrimonio cultural, con las que cuenta. A este desconocimiento ha contribuido también la mala imagen de la ciudad que la corrupción política ha exportado fuera de ella. Precisamente esa corrupción y la respuesta de un grupo de ciudadanos ante ella es uno de los tres ejes en torno al cual gira la novela. Otro es la propia ciudad y su patrimonio histórico y artístico más destacable, contado desde el siglo XXI, con la mirada puesta en una selección de hechos y de monumentos sacados del denso cúmulo de acontecimientos y edificios que una ciudad con más de 2.000 años de historia atesora. Carla y Juan acuden a conocer Valencia durante unas vacaciones de una semana. Miquel el guía turístico del grupo con el que visitan la ciudad será el tercer protagonista de esta historia. Él conducirá la parte del libro que puede leerse de manera independiente como si de una guía de Valencia se tratara. Al final del libro un índice ayudará a quienes quieran utilizar la novela para conocer la ciudad, los personajes más destacados de su historia o su legado artístico.

La parte novelada que acoge en su interior la guía se puede leer obviando esta última. Es más, es recomendable hacerlo si se tiene la oportunidad de pasear por Valencia y poder leer, en los lugares descritos en el libro, los datos referentes a los mismos.

Por último, esta densa historia que se desarrolla de principio a fin en una sola semana, nos muestra un ejemplo de la diversidad relacional que se da en cualquier gran ciudad. En este caso la mayoría social

conservadora no impide que también habiten vínculos sentimentales menos tradicionales.

Quien lea la novela podrá estar de acuerdo o no con las reflexiones y planteamientos de sus protagonistas en cuanto a relaciones íntimas se refiere, pero lo que está claro es que, incluso si se mantiene una posición vital distinta, el mero juego de encontrar contra-argumentaciones a los razonamientos que ponen sobre la mesa los protagonistas puede resultar entretenido.

1

A las 9:20 h. salió el autobús con los niños. Era lunes, iban a estar una semana en una granja-escuela, en el interior de la provincia de Castellón. Era su viaje de fin de curso. Una semana de actividades lúdicas que incluía el disfrute de una piscina, varios campos deportivos, un programa de multiaventura, y el contacto directo con la naturaleza domesticada que representan las gallinas, los conejos, los patos, los burros, las ovejas, los tomates, las patatas, las ciruelas, los higos... Además la instalación contaba con distintos generadores de energía renovable, un molino, placas fotovoltaicas para producción eléctrica y una instalación termosolar para calentar el agua. "Durante la semana realizarán varios talleres para que aprendan el uso práctico de la energía solar", nos dijeron los profesores del colegio cuando nos explicaron lo interesante de esta opción de viaje de fin de curso, mitad educativa, mitad lúdica. Además, una mañana harían una excursión a la playa... Mamá - gritó Víctor aprovechando que asomé la cabeza por la puerta del autobús, mientras acababan de cargar el maletero con los últimos equipajes de los niños-. ¡Mira, mira!- dijo antes de introducirse el índice y el pulgar en la boca para cogerse y hacer balancear un diente que el día anterior empezó a moverse.

Si se te cae lo guardas para enseñármelo cuando vuelvas- le dije mientras le lanzaba un beso al aire, seguido de una cariñosa sonrisa esbozada desde la satisfacción de saber que iban a vi-

vir una semana rica en intensidad de relaciones, y llena de elementos motivadores para su futuro... Pero también con la tristeza que da separarte una semana de quien tanto quieres. Su hermano Alejandro, no había forma de situarlo en el autobús, por mucho que recorriese con la vista todas las ventanillas, tanto de una parte como de la otra del vehículo, sólo veía como se movía por el pasillo, sin parar de hablar con unos y otros. Es un maestro en habilidades sociales. Cuando está con gente se crece, le encanta estar rodeado de personas, organizar, mantener el grupo unido para hacer algo, lo que sea. Es un líder en crudo que tiene todavía tiempo de refinarse, o de abandonar sus habilidades grupales en pro de desarrollar otras distintas. ¡Cuántos misterios nos depara el futuro de nuestros hijos!

Juan estaba junto con otros padres ayudando a optimizar el espacio del maletero del autobús. Dos clases de primaria y 4 profesores, muchas maletas. Nada más conseguir encajar el puzle de los bultos de ropa, el conductor subió al autobús, cerró la puerta una vez habían subido los últimos profesores, y emprendió la marcha.

Acabamos de despedirnos del resto de padres, con los que habíamos protagonizado la típica escena de mar de manos levantadas bajo el que bucean rostros de sonrisas forzadas y de ojos tristes de añoranza precipitada...

-Bueno, nos disculparéis pero Carla y yo tenemos que irnos - dijo Juan, tras un rato de intercambio de frases tópicas dentro del grupo reducido de padres en el que nos habíamos quedado tras desaparecer el autobús al girar la esquina de la calle.

Nos despedimos de todos y nos dispusimos a iniciar nuestro particular "viaje de fin de curso". Sólo que en nuestro caso el grupo se reducía a dos. Juan y yo habíamos decidido recordar nuestros tiempos de pareja sin niños, en esta "escapada" de una semana.

-Carla, cariño, llevamos la tablet, ¿verdad? - preguntó Juan mientras cogíamos nuestro equipaje.

Nuestra inseparable tablet se había hecho imprescindible en nuestras salidas. La compramos como opción familiar más rentable. Sirve de ordenador portátil, pero es más cómodo de usar. Pero sobre todo es útil como reproductor-pantalla para ver películas en la parte trasera del coche, cuando vamos de viaje con los niños. Y hoy en día todos los

hoteles tienen wifi. Estos aspectos nos hicieron decidirnos por comprar la tablet en vez de invertir en móviles más modernos. Los que tenemos nos sirven para realizar llamadas y el internet lo tenemos en casa. Todo el mundo nos dice que nos actualicemos y cambiemos de móvil. Pero funcionan, y no vemos que haya que cambiarlos sólo porque han sacado modelos más modernos que, sinceramente, no tenemos muy claro si tienen algo que necesitamos o no. Además una vez vimos un documental sobre el coltán, un mineral que es un componente básico en la fabricación de aparatos electrónicos como los móviles, para cuya extracción se utilizan niños que trabajan en régimen de esclavitud en países como el Congo. Cuando tienes hijos estas cosas te hieren más la fibra sensible. Tras verlo, Juan y yo decidimos comprar aparatos electrónicos sólo si realmente los necesitábamos. Al menos mientras alguien no nos pudiese ofrecer productos con garantías de no explotación infantil... y a un precio asequible. Sabíamos que igual eso tardaba, pero la imagen de cientos de criaturas desnudas, cargadas con capazos llenos de piedras que apenas podían mantener con sus frágiles brazos, nos dolía mucho.

Era la primera vez que nos separábamos tantos días de Víctor y Alejandro. El verano pasado estuvieron 3 días con unos amigos en su casa del pueblo mientras nosotros hacíamos una escapada de fin de semana, pero esta vez íbamos a estar una semana entera sin vernos. También era su primera experiencia de viaje en grupo sin nosotros. A Juan le había tocado, este año, vacaciones el mes de junio y yo pude arreglarlo para cambiar varios turnos con mis compañeras para cogerme unos días y tener esta semana libre. Si ellos iban a Castellón nosotros estaríamos en Valencia. La ciudad tenía un doble atractivo. El primero era evidente: estábamos a algo más de una hora de donde dormían nuestros hijos. Una solemne tontería, si lo piensas bien, ya que los niños suelen tener una gran capacidad de adaptación y se van a acordar poco o nada de sus padres mientras están imbuidos en sus experiencias de convivencia-descubrimiento. Pero parece que a nosotros nos da seguridad sentirnos físicamente cerca de ellos.

Por otro lado, para mí, Valencia siempre generó una gran atracción. No forma parte del listado de ciudades " con encanto histórico" como Toledo, Segovia, Ávila, Cáceres, Burgos... Es más bien conocida por

eventos como la Fórmula Uno o la Copa América, fiestas como las Fallas, o atractivos turísticos de sol y playa, pero siempre pensé que algo más debería tener una ciudad que el Cid tanto interés puso en conquistar.

De todas formas no fui yo quien propuso viajar a Valencia. Semanas antes de que los niños fueran a iniciar su aventura de final de curso en esta granja-escuela de la provincia de Castellón, Juan vino con una propuesta elaborada y seductora. Había localizado una asociación cultural que acogía turistas para enseñarles Valencia. Podías acudir a las salidas que organizaban todos los días, escogiendo lo que querías visitar o apuntarte a un lote completo de conocimiento de la ciudad en 5 días de paseos, por las mañanas, de martes a sábado. Ideal para nosotros. Volveríamos el domingo, a tiempo de recoger a los niños cuando bajasen del autobús. Los recorridos, supongo que por respetar el cierre de los monumentos y museos en lunes, se iniciaban al día siguiente. Teníamos tiempo de llegar, acomodarnos en el hotel y dormir tranquilamente antes de iniciar lo que prometía ser una relajada visita de una semana a “la ciudad del Turia”.

2

La primera cita fue en las Torres de Serranos. A las 10 de la mañana.

El día anterior habíamos conseguido un par de planos turísticos de la ciudad en la oficina de turismo que se encuentra en la estación de trenes llamada del Norte, y que curiosamente se encontraba al sur del centro histórico de Valencia. Parece ser, según nos explicó amablemente la chica de la oficina, su nombre se debía a la empresa que construyó la estación a principios del siglo XX “Ferrocarriles del Norte” y cuyo símbolo, unas estrella roja de 5 puntas, aparecía repetidas veces en la decoración de todo el edificio. Antes de entrar en la oficina de turismo, que se encuentra en un lateral, bajo la bóveda de estructura de acero que hace de hangar en el que paran los trenes, estuvimos disfrutando tranquilamente de la belleza del edificio de viajeros de la estación. El trabajo de forja, madera, y la profusa decoración cerámica con elementos identitarios que se consideraban más representativos en la Valencia de hace 100 años (el traje típico, el paisaje de la Albufera, la industria cerámica...), convierten esta estación en la más bella puerta de entrada a la ciudad para los modernos viajeros de principios del siglo pasado, aquellos que llegaban a Valencia en tren.

Las Torres de Serranos fueron, antes de que la estación del Norte las sustituyera, la puerta principal de la ciudad. O al menos eso parecía dado su gran tamaño y belleza. Allí estábamos 10 minutos antes de la cita. Vimos cómo iban apareciendo otras personas, algunas formaban pequeños subgrupos.

Era un día soleado, aunque a pesar de que estábamos ya en junio no hacía calor. Las previsiones del tiempo, al menos este año, iban a ser respetuosas con el dicho popular que tantas veces repetía Juan: “hasta 40 de mayo no te quites el sayo”.

El guía llegó unos minutos antes de la hora. Saludó brevemente a unas cuantas personas a las que posiblemente conociera de anteriores visitas a la ciudad, y se situó, mirando hacia el puente de piedra que, en su momento, debió permitir, atravesando el Turia, la entrada a Valencia por esta puerta de la ciudad. La posición del guía era estratégica, sin duda estudiada para disminuir al máximo las molestias del ruido de los coches que pasaban a unos 30 metros de la puerta. Estaba situado entre las dos torres, unos metros antes del primer arco que compone la puerta. Pronto se congregaron en torno a él una treintena de personas, nosotros incluidos. Entonces empezaron a sonar 10 toques de campana, lejanos pero claros, que el guía nos hizo escuchar tocándose varias veces con el dedo en la parte baja del oído derecho a la vez que fruncía el ceño.

La campana de Sant Miquel, situada en la Catedral de Valencia, cuyo campanario recibe el nombre de “Micalet” precisamente por esta campana que fue bautizada el día de mi santo, pero hace 600 años – explicó el guía acabados los diez toques.

Tenía una voz tan profunda y compasada como el propio sonido de la campana que llevaba su nombre. Su altura, cercana a los 2 metros, facilitaba que el sonido de sus frases llegaran a todo el grupo. Pero su tono, especialmente sosegado, y la seguridad que transmitía con sus palabras hacía que fuera especialmente atractivo escucharle.

Nos repartió unas pegatinas para colocarnos en el pecho, “para ayudarle a no perderse”, dijo. Tras lo cual inició una breve introducción a la visita.

“El campanario del Micalet, cuya campana mayor hemos escuchado hace un momento, marcaba el transcurrir de la vida diaria de la ciudad de Valencia. Lo hizo durante siglos. Acompañaba la celebración de las fiestas más importantes, pero también los acontecimientos políticos, como la entrada a la metrópoli de los nuevos reyes de la corona de Aragón, eso sí, tras jurar antes de pasar por las puertas de Serranos, respeto absoluto a la legislación vigente en la ciudad. Señalaba, por ejemplo,

el momento en que, al mismo tiempo, se abrían y se cerraban las 12 puertas de la ciudad cristiana, de las que sólo quedan dos (esta y la de las torres de Quart). Pero antes de cristiana la ciudad fue musulmana, durante 5 siglos, y antes había sido cristiana visigoda, y antes romana. Hace 2.150 años un grupo de colonos romanos, exlegionarios, crearon la ciudad de Valentia. Muchos siglos después, en el XV de nuestra era, dos siglos más tarde de que fuese conquistada, vaciada de musulmanes, y colonizada de nuevo, en este caso por aragoneses y catalanes, Valencia era la urbe cristiana más poblada de la península y una de las más ricas y populosas de la cristiandad. Les invito, pues, a que entremos por la puerta construida para recibir a reyes, en la ciudad que, sin duda, era la New York del s. XV”.

Dicho esto dio media vuelta y caminó atravesando la imponente entrada medieval seguido de un público cautivado no sólo por la introducción sino por la presencia y agradable dicción de este sorprendente guía que prometía ser un acompañante ideal para las próximas jornadas.

-¿Dónde has contratado a este chico?- pregunté a Juan.

-En internet- comentó sin mucho entusiasmo mientras miraba despidado hacía el resto del grupo.

-Es fantástico- dije mientras me acercaba a recoger uno de los papeles que estaba empezado a repartir y que había sacado de una pequeña mochila que llevaba a modo de bolso colgada en su hombro derecho.

Era una fotocopia con una explicación del monumento, al que subimos por la amplia escalera lateral que daba acceso a la parte alta de la fortificación. Todas las visitas tuvieron, a partir de ese momento, un mismo protocolo. Al inicio, Miquel nos daba una fotocopia con un resumen de lo que iba a contar. Cualquiera podía hacer la visita por su cuenta con esa guía, pero difícilmente podía disfrutar lo mismo. Él añadía detalles y anécdotas que no se encontraban en la fotocopia que repartía, respondía con gran rapidez y sabiduría a las preguntas que se le hacían (convertidas días más tarde, con la confianza, en un interminable cuestionario-examen que aprobaba siempre con un excelente). Aunque sólo hubiese contado, estrictamente, lo que estaba escrito en la fotocopia, lo hacía de manera tan atractiva que siempre generaba un silencio absoluto en todo el grupo.

Miquel tendría algo menos de 30 años, cabello negro, liso, corto, de esos que sin artificialidades dejan un flequillo de punta a poco que tras lavarlo lo hagas pasar por secador. Sus ojos eran marrones, de un color meloso, su nariz larga y recta pero no exageradamente. Su amplia boca dejaba entrever, gracias a su permanente sonrisa, unos dientes blancos de actor de Hollywood. Su piel oscurecida por el sol indicaba que llevaba tiempo haciendo este trabajo. Vestía vaqueros ajustados que le llegaban por debajo de las rodillas y camiseta blanca de manga corta, también ajustada, lo que marcaba un cuerpo que, sin ser de estructura atlética, ni modelado por interminables sesiones de gimnasio, era el de una persona que hacía deporte de manera continuada. Sus piernas y brazos eran grandes y fuertes y, a pesar de su corpulencia, su amplia hechura de espaldas y su talla 44 de pantalón, podíamos decir que era una persona delgada.

De todas formas, no era una belleza griega. Si no fuera por su altura y por su atractiva voz pasaría por ser uno más del grupo que, por cierto, estaba constituido principalmente por jóvenes de aproximadamente la misma edad de Miquel. Había algunos más mayores, pero los únicos que sobrepasábamos los 40, sin posibilidad de error, éramos Juan y yo.

Antes de llegar al lugar donde habíamos quedado con el grupo pensé que mayoritariamente estaríamos rodeados de jubilados jóvenes, de esos que tienen la vitalidad de quien ha soltado lastre en cuanto a atención de dependientes se refiere, y que llevan varios años sólo ocupándose de sí mismos, de cultivar su salud tanto física como intelectual. Nuestro grupo era eso mismo pero con personas de 30 años, que obviamente no cobran pensión. Por lo que fui descubriendo a medida que la interacción con el grupo lo posibilitó, muchos eran licenciados o graduados con mil cursos en su currículum, con amplia formación, pero parados. Había maestros, licenciados en historia e historia del arte, arquitectos, graduados en turismo y en animación sociocultural, todos en paro, o trabajando con contratos parciales de unas pocas horas semanales. ¿Qué hacían allí?. La asociación a la que pertenecía Miquel, y para la que trabajaba como guía turístico, se dedicaba a la difusión del patrimonio. Esta tarea les había posibilitado acceder a una pequeña subvención europea para desarrollar un proyecto de dar a conocer los valores artísticos e históricos de la ciudad a profesionales de distintas

campos, a los que dicho conocimiento pudiera serles útil en un futuro.

¿Qué hacíamos mi marido y yo, dos turistas al uso, formando parte de ese grupo?. Preferí no preguntar cómo Juan había dado con esto, y dejarme arrastrar por el disfrute de las explicaciones del guía que hacían infinitamente más bellas las piedras de las que hablaba, incluso aquellas que sin explicación, solo con verlas ya generaban admiración, como las imponentes torres en las que nos encontrábamos.

Las Torres de Serranos

Algo más de un siglo después de que Valencia pasara de nuevo a manos cristianas tras la conquista del rey Jaume I en 1238, la guerra entre Pedro el Ceremonioso de Aragón y Pedro el Cruel de Castilla llevó a este segundo a sitiar en dos ocasiones la ciudad. Las dos veces resistió la metrópoli el envite, y lo hizo tras las viejas murallas musulmanas. Pasada la guerra se consideró necesario que la ciudad contara con un recinto amurallado más seguro. Además debería ser más amplio para arropar, también, parte de la ciudad que había crecido extramuros, y especialmente los conventos (de franciscanos, dominicos...) que se habían construido, tras la conquista cristiana, alrededor de la ciudad islámica. Se diseñó una muralla, cuyas obras se alargaron varias décadas, que multiplicaba por tres la superficie protegida y que pasaba de tener 8 a tener 12 puertas. La de Serranos pasó a sustituir (colocándose delante de ella) a la puerta de al Qantara, llamada así por estar frente al único puente de piedra que tenía la ciudad en época musulmana. Su nombre le viene por el origen de los nobles que acompañaron al rey Jaume I en la conquista de la ciudad y que se instalaron en sus inmediaciones tras la toma de la ciudad. También era la entrada natural de uno de los productos que venían de las comarcas montañosas del reino. La madera cortada en la serranía valenciana llegaba a la ciudad flotando, durante decenas de kilómetros, sobre las aguas del Túria, eso sí, dirigida de manera experta y no sin cierto riesgo en algunas zonas altas del cauce del río. A los pies de estas puertas era recogida para entrar a la ciudad.

Jaume I, un rey moderno

Jaume I de Aragón, el rey que conquistó Valencia a Zayan, el último caudillo musulmán que tuvo la ciudad fue también el que conquistó Mallorca. Cuando embarcó hacia las Baleares tenía 20 años y todavía poca autoridad sobre los prepotentes nobles de su reino. El saqueo posterior a la entrada cristiana a la ciudad de Palma fue una masacre, un exterminio absoluto, bárbaro y salvaje, de la población musulmana que el joven rey no quiso se volviese a repetir en ninguna de las otras muchas ciudades que conquistó posteriormente. Esto dice mucho del espíritu civilizado del monarca. Era hijo del rey Pedro II de Aragón que, a pesar de ostentar el título de “El Católico”, murió luchando contra los cruzados franceses que querían exterminar a los herejes Cátaros (y a todos los que se pusieran por delante de este empeño). Su madre, María de Montpellier, repudiada por su marido, murió en Roma, donde había ido para poner bajo la protección del Papa a su hijo. Quedó huérfano de padre y madre a los 5 años pero, afortunadamente, el empeño protector de su madre, permitió liberarlo de las garras de los bárbaros cruzados anticátaros y permitió que fuera la orden de los templarios quienes lo educaran en su infancia.

Mandó que se escribiera la biografía (“el llibre dels fets”), supervisada si no dictada por él mismo, a modo de reportaje para la posteridad. Cuando tuvo que diseñar la estructura administrativa y legislativa de los nuevos territorios conquistados, lo hizo teniendo en cuenta las innovaciones sociales que identificaban las ciudades más prósperas de Europa. Hizo grandes concesiones a las órdenes religiosas mendicantes, recientemente creadas, entre otras cosas, con la función de ser catalizadoras de iniciativas sociales ciudadanas de carácter benéfico. Dio protagonismo, en las estructuras de los gobiernos de las ciudades que conquistó y a las que dio leyes, a los mercaderes y artesanos, sectores sociales en expansión cuyo dinamismo estaba haciendo crecer económica, social y culturalmente a las ciudades cristianas. Su mayor aportación no viene del sobrenombre con el que pasó a la historia “el conquistador”, sino de haber sido el rey

que introdujo en los territorios de su corona un nuevo concepto de sociedad mucho más moderno y civilizado.

La ciudad leal

Por dos veces. Pasado el ecuador del siglo XIV, el gobierno de la ciudad negó rendirse a las tropas castellanas del rey Pedro “El Cruel”. El escudo de la ciudad hasta el momento era un rombo de cuatro barras rojas sobre fondo dorado bajo una corona, que indicaba que Valencia era una ciudad real, y no dependiente de ninguna familia nobiliaria concreta, esto es, con gobierno autónomo para elaborar y aplicar sus leyes, aunque dependiente de la firma del monarca para cambiarlas. Tras la guerra, el rey aragonés Pere “El Ceremonioso”, añadió al escudo de la ciudad las dos “L” de “Leial”, que mostraban el agradecimiento del monarca porque la ciudad no se hubiese entregado a un nuevo rey, castellano en este caso.

La ciudad del Turia, que no del Mediterráneo

Aunque en estos momentos Valencia juegue la baza de ser una ciudad portuaria y marítima, nunca lo ha sido. De hecho hasta hace poco más de un siglo, los “poblados marítimos” ahora barrios que cierran la ciudad al mar, eran poblados independientes administrativamente, y la ciudad sólo limitaba con el mar por la Albufera, una laguna natural y salvaje, situada al sur, cuyas aguas, en tiempos remotos, llegaban muy cerca de la metrópoli. Valencia cuenta sin embargo con 5 puentes históricos sobre el río Turia.

La ciudad de los cinco puentes

El primer puente que tuvo la ciudad, de madera con toda probabilidad, fue el de la Trinidad. Su nombre viene de época cristiana, cuando conectaba el monasterio de la orden de los Trinitarios, a la otra parte del río con la puerta del mismo nombre de la ciudad amurallada, antes puerta de al Warraq (el papel). Pero este acceso por el norte

coincide con el trazado exacto de la Vía Augusta, que partiendo de Roma y bordeando todo el litoral Mediterráneo llegaba hasta el sur de Hispania. Este es el motivo por el que la entrada principal de la primera Valentia romana estuviera ubicada en la actual calle del Salvador, continuación natural del puente de la Trinidad, cuya actual construcción data de principios de XV.

El puente de Serranos construido en piedra por los romanos al lado del pequeño puerto fluvial que tuvo Valentia, permitía el acceso a lo que pronto pasó a ser la principal puerta de la ciudad. Como el resto de los puentes, fue sustituido varias veces como consecuencia de las riadas que hasta no hace mucho anegaban periódicamente la ciudad, y se llevaban los puentes. La construcción del actual corresponde a principios del XVI.

El puente del Real comunicaba la ciudad a través de la puerta del mismo nombre con el Palacio Real, residencia del monarca aragonés (y posteriormente del virrey), cuando residía en la ciudad. Este palacio se encontraba, desde el siglo XIV fuera de las murallas, en los terrenos donde anteriormente existía un “Reial”, un tipo de construcción y explotación rural musulmana de gran tamaño. La construcción actual del puente corresponde a finales del XVI, y fue ampliada para duplicar su anchura tras la riada de 1957.

El puente del Mar, de finales del XVI, posibilitaba la comunicación de la ciudad, mediante la puerta del mismo nombre, con el camino que llevaba a los poblados marítimos, y por tanto al puerto.

El último de los puentes históricos de la ciudad, el de San José, o del Portal Nou, por ser el que permitía el acceso a la ciudad de los habitantes del pueblo (ahora barrio) de Campanar a través de la puerta con ese nombre. Se construyó a principios del XVII.

Una de las primeras empresas públicas europeas

Poco más de un siglo después de la repoblación cristiana de Valencia, la ciudad creó un organismo dependiente del gobierno de la ciudad pero con autonomía económica (recaudaba impuestos directamente para su financiación) y de funcionamiento. Su cometido era la obra pública en la ciudad. Así, la “Junta de Murs i Valls” que así se llamaba, durante siglos, se encargó de la construcción y mantenimiento de puentes, murallas, puertas, caminos..., así como de la extinción de incendios o de la infraestructura para las fiestas y eventos públicos de todo tipo. Se trataba de lo que hoy llamaríamos una empresa pública. Pocos ejemplos como este se daban en la Europa medieval. La construcción de puentes sobre el Támesis en Londres o la de diques en los Países Bajos, justificarían la existencia de organismos similares.

“La torres de Serranos fueron levantadas entre 1392 y 1398 por el maestro cantero Pere Balaguer, que también finalizó la construcción del campanario de la catedral. De dimensiones mayores a las otras 11 puertas, situada al norte del perímetro amurallado, encarada al resto de territorios peninsulares de la corona de Aragón, era la puerta por la que los monarcas hacían su entrada oficial a la ciudad.”

Antes de entrar a la ciudad, jurar respetar sus leyes

La primera entrada del monarca aragonés a la ciudad se realizaba mediante una ceremonia en la que participaba prácticamente toda la población. Frente a las Torres de Serranos sobre una tarima instalada y engalanada para el acto, el monarca veía pasar delante de él los representantes de los distintos gremios (hasta 25 llegaron a haber) y estamentos de la ciudad. Muchos de los grupos sociales desfilaban acompañados de alguna representación, a veces realizada sobre alguna carroza decorada con elementos teatrales de tipo religioso. Una vez los ciudadanos se habían presentado al monarca con toda su pompa, era el momento de que este jurase respetar las leyes de la ciudad (els Furs). Solo tras esta ceremonia, que tejía los lazos

de dependencia entre la ciudad y el monarca, este se acercaba a las Torres de Serranos, donde un niño, vestido de ángel que descendía de lo alto de la edificación, entregaba las llaves de la ciudad al rey que, en ese momento hacía su entrada como máxima autoridad político-militar de la metrópoli. La ciudad lo recibía engalanada, con el toque festivo de todos los campanarios de la ciudad, y desde la puerta de Serranos se iniciaba una procesión por algunas calles principales que acababa en la Catedral. Seguidamente y durante varios días, la ciudad disfrutaba de la fiesta que contaba con animación, juegos, música y otros espectáculos de los juglares contratados por el gobierno de la ciudad para tal ocasión.

“Perdida su función defensiva, a finales del siglo XVI y durante 500 años, el edificio se convirtió en cárcel de nobles, para lo cual se tapiaron las salas abovedadas que ahora, tras la restauración de finales del XIX, pueden observarse tal y como fueron diseñadas. Es decir abiertas a la población, a quien debía defender y a quien no debía enfrentarse.

Estas torres defensivas, puertas de lujo de la ciudad, son un imponente ejemplo de edificio militar gótico.”